

NICOLE LORAUX

# LOS HIJOS DE ATENEA

IDEAS ATENIENSES  
SOBRE LA CIUDADANÍA  
Y LA DIVISIÓN DE SEXOS

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS  
DE MONTSERRAT JUFRESA

BARCELONA 2017



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Les enfants d'Athéna*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 1981, 1990 by Éditions La Découverte  
© de la traducción, 2017 by Maria Montserrat Jufresa Muñoz  
© de esta edición, 2017 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S. A.

Este libro ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio  
de Educación, Cultura y Deporte



ISBN: 978-84-16748-23-5  
DEPÓSITO LEGAL: B. 18 017-2017

AIGUADEVIDRE *Gràfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2017*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan ríguosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## CONTENIDO

<i>Prólogo</i>	7
<i>Fragmentos de un léxico de la Acrópolis</i>	35

### I. SOBRE LOS ATENIENSES Y LAS MUJERES

1. La autoctonía: un tópico ateniense	43
2. Sobre la raza de las mujeres y algunas de sus tribus	95
3. El nombre de ateniense	155

### II. REALIDAD, FICCIÓN: LAS ATENIENSES

1. La Acrópolis cómica	205
2. Creúsa autóctona	257

<i>Tabla de mapas e ilustraciones</i>	333
<i>Bibliografía</i>	339
<i>Índice</i>	367

## LA AUTOCTONÍA: UN TÓPICO ATENIENSE\*

Piedra angular de la guerra ideológica que opone las ciudades entre sí o soporte de las representaciones simbólicas de la colectividad,<sup>1</sup> el mito desempeña su papel en la *pólis*, para sí misma y frente a las demás *póleis*. Aporta una historia, cosa que no gusta en absoluto a los mitólogos, ni siquiera mucho más a los historiadores, una historia que, sin embargo, no está libre de interferencias con aquella otra, política, social, ideológica, de la colectividad. Aporta una historia sobre todo porque ofrece un discurso dirigido a la ciudad, para la ciudad, porque es una de las voces interiores del imaginario político: los esquemas míticos, que prevalecen desde siempre al tiempo que se actualizan constantemente, legitiman y remodelan la experiencia cívica. La *pólis* los utiliza, pero quizá también cede a la persuasión de estos relatos tan antiguos.

De este modo los mitos atenienses de autoctonía ofrecen un *tópos* eficaz para más de un discurso cívico, tanto si sirven para legitimar la hegemonía de Atenas, como si procuran un fundamento inmemorial para la ideología ateniense de la ciudadanía.<sup>2</sup> A los ojos del narcisismo oficial, no

\* Versión reestructurada de un artículo publicado en los *Annales E.S.C.*; enero-febrero de 1979, pp. 3-26 («L'Autochtonie: une topique athénienne. Le mythe dans l'espace civique»).

<sup>1</sup> Sobre estos dos aspectos de la función política de los mitos, véase M. P. Nilsson, *Cults, Myths*, pp. 49-80 y 81-87.

<sup>2</sup> Legitimación de la hegemonía o llamada a una cruzada antibárbara: véanse Heródoto, VII, 161, y Platón, *Menéxeno*, 245 d. Autoctonía e ideología ateniense de la ciudadanía: véanse Aristófanes, *Avispas*, 1075-

hay, en efecto, otro ciudadano más que el autóctono (*autóchtōn*: nacido del *mismo suelo* de la patria).<sup>3</sup> Autoctonía sin mediación, concedida colectivamente a todos los atenienses en la oración fúnebre, o autoctonía derivada, heredada de aquélla, paradigmática, del antepasado Erictonio; las dos versiones coexisten en el seno de la ciudad, pero ambas proclaman la autoctonía: los ciudadanos de Atenas están enraizados desde los orígenes en la tierra ateniense, porque la tierra produjo al primer ciudadano. Discurso, como se ve, en primer lugar de uso interno, destinado por entero a enunciar la singularidad de Atenas y de sus *ándres*, y que no debemos confundir con un mito de origen de la humanidad (*anthrôpoi*).<sup>4</sup>

A los atenienses, pues, el mito de Erictonio (el niño nacido milagrosamente de la Tierra, fecundada por el deseo de Hefesto por la diosa Atenea) les ofrece un lenguaje para hablar del origen de la ciudad. Y también para enunciar su nombre.

El epónimo es Erictonio—o Erecteo—; más exactamente, de Homero a la tragedia y de Heródoto a los atidógrafos, es aquel que ha dado nombre a Atenas.<sup>5</sup> Extraño epó-

---

1080, y las múltiples alusiones contenidas en *Las aves*. Más generalmente, cf. N. Loraux, *Invention*, pp. 151-152.

<sup>3</sup> Cf. F. Sommer, *Nominalkomposita*, p. 84.

<sup>4</sup> Sobre esta oposición, véase N. Loraux, «Naître» y «Politique du mythe». No sirve para nada reconducir el mito del nacimiento de Erictonio a un *Urmythos* cualquiera sobre el origen de la humanidad (por ejemplo M. Fowler, «Erichthonios»), y la afirmación del *Menéxeno* (237 d) según la cual la tierra ateniense produjo al hombre (*anthrôpos*) es algo aislado en el corpus de los *epitáphioi*, que sólo mencionan a los *ándres*.

<sup>5</sup> Cf. *Iliada*, II, 545-546, donde «los de Atenas» y «el pueblo de Erecteo» son sinónimos. Para Erecteo o Erictonio dándole nombre a Atenas, véase Heródoto, VIII, 44, y el mármol de Paros (*Fragmente der griechischen Historiker*, 239 A 10). Una versión colectiva de esta historia atri-

nimo, ciertamente, puesto que los atenienses sólo se llaman Erecteidas en el lenguaje poético.<sup>6</sup> Extraño epónimo en verdad, que no le da a la ciudad su propio nombre, sino aquel—prestigioso, es cierto—de su protectora Atena. Volveremos sobre ello. Observemos de entrada que existe otra versión de la historia donde, en tiempos más lejanos, todavía más primordiales, es la diosa quien da nombre a la ciudad a partir del suyo propio, al finalizar la querrela que la ha enfrentado a Poseidón por la posesión del Ática.<sup>7</sup> Ahora bien, tampoco resulta indiferente que otro autóctono desempeñe un papel importante en este asunto: Cécrope, «primer rey de Atenas», es el testigo o árbitro de esta *éris* divina que convirtió la ciudad en feudo de Atena.

Cécrope, el primer rey; Erictonio, el rey en segunda posición, pero el primer ateniense. Cécrope reina e instaura el orden en una tierra apenas civilizada; Erictonio, como aparece en Heródoto, ejerce ya un poder político.<sup>8</sup> ¿Rivalidad entre autóctonos?<sup>9</sup> A la luz de la insistencia con que la tradición reparte las tareas entre Cécrope y Erictonio, habrá que hablar más bien de un desdoblamiento de los orígenes—origen del orden civilizado, origen del orden político—. Para dar cuenta de ello, ¿debemos emprender una historia

---

buye a los «atenienses» en conjunto la responsabilidad de la eponimia de Atenas: Licurgo, *Contra Leócrates*, 26. Esta lista no pretende ser exhaustiva, como tampoco lo serán ulteriores referencias.

<sup>6</sup> Empleo del término *Erecteídes* en el lenguaje poético: Píndaro, *Ístmicas*, II, 19, *Píticas*, VII, 10; Sófocles, *Ájax*, 201, *Antígona*, 981-982, etcétera.

<sup>7</sup> Apolodoro, *Biblioteca*, III, 14, 1; cf. Platón, *Las Leyes*, I, 626 d 3-5.

<sup>8</sup> Hay que hacer notar que en Heródoto (VIII, 44) Cécrope es *basi-leús*, mientras que Erecteo, como un magistrado, ejerce la *archê*.

<sup>9</sup> Sobre la rivalidad de los autóctonos por el título de primer rey de Atenas, véase el comentario de F. Jacoby al fragmento 92 de Filócoro (*F. Gr. Hist.*, 328 fr. 92).

mítica de los primeros tiempos de Atenas? La empresa no carece de fundamento, pues es algo parecido a una evolución o a un despliegue del tiempo lo que, para un estudioso de los mitos con mentalidad histórica, se enuncia en la enumeración: primero Cécrope, después Erictonio. ¿Pero es eso lo que el mito de autoctonía dice *a la ciudad ateniense*?

La perspectiva historicista no carece de partidarios, ni entre los antiguos ni entre los modernos, y, de Heródoto a Jane Harrison, hay historiadores que han apuntado que Cécrope, héroe civilizador en el que el hombre apenas se separa de la bestia—lo atestigua su forma de *diphyēs*, mitad hombre mitad serpiente—, no puede ser rey de la *pólis* ateniense, sino como máximo de una región llamada *Kekropía*.<sup>10</sup> No hay duda de que, en su deseo de escribir la «historia» primitiva de los dioses y de los héroes de la Acrópolis primordial (o también la de la llegada tardía de Atenea a su roca), algunos modernos<sup>11</sup> no se han complacido en la historia de los nombres de Atenea que cultivaron los mitógrafos de época helenística, tomando el relevo de los historiadores para hacer retroceder cada vez más tanto la aparición del nombre como el gesto fundador de la ciudad:<sup>12</sup> desde esta perspectiva Erecteo (Erictonio) no es más que un eslabón importante en la cadena genealógica que finalmente conduce de Cécrope a Teseo, del rival primordial al rival casi «histórico», cuyo sinecismo acabaría convirtiendo finalmente y de verdad Atenas en una *pólis*. Pero para

<sup>10</sup> Véase el comentario a Tucídides, II, 15, 1 («en la época de Cécrope y de los primeros reyes...») hecho por J. E. Harrison, *Primitive Athens*, pp. 43 y 60.

<sup>11</sup> J. E. Harrison, *Primitive Athens*, *ibid.*; G. W. Elderkin, «Erechtheion»; y aun muchos otros.

<sup>12</sup> Hay una especie de punto final de este proceso en Apolodoro, II, 14 (véase el comentario de Frazer en la edición de Loeb).

contar la unificación, el sinecismo no posee la eficacia unificadora del mito de autoctonía que postula la unidad originaria de la *pólis*. Para los ciudadanos de Atenas, tanto si viven en la ciudad como en los demos rurales,<sup>13</sup> la «reunión de los demos» no es más que un acontecimiento histórico-legendario, que puede ser exaltado o denostado, y que incluso se puede contraponer a la autoctonía,<sup>14</sup> pero que no modifica nada de lo esencial porque no sucede en el mismo tiempo fundacional: la diosa estaba instalada en la Acrópolis «mucho antes del sinecismo»<sup>15</sup>—desde siempre, desde que Atenas es Atenas—, y bien se puede dar al Ática de antaño el nombre de *Kekropía*, a condición de ser conscientes de que éste es sólo otro nombre, un nombre antiguo, por no decir un nombre prestado,<sup>16</sup> de la ciudad de Atenea y de Erecteón.<sup>17</sup> En resumen, contra esta cuasi historia y sus

<sup>13</sup> La existencia de autóctonos locales, tales como Títaco de Afidna, mencionado por Heródoto (IX, 73), complica ciertamente las cosas; sin duda, es cierto que «en los demos se explicaban cosas sin relación alguna con lo que se dice en la ciudad» (Pausanias, I, 14, 7), pero la narración de Heródoto postula a fin de cuentas la coincidencia de ambas tradiciones de autoctonía, la local y la oficial. Véase F. Jacoby, quien advierte de que no conviene sobrevalorar la supuesta «rivalidad» entre estas dos tradiciones (*Atthis*, pp. 123-128).

<sup>14</sup> Ambas tradiciones, local y ciudadana, coinciden por lo menos en su oposición al sinecismo, identificado en la persona de Teseo (Heródoto, *ibid.*: Decelo, epónimo de Decelia, «indignado por la *hybris* de Teseo y temiendo por el Ática entera», encuentra en Títaco un aliado eficaz).

<sup>15</sup> Cf. Pausanias, I, 26, 6 (en relación con la estatua objeto de culto en el Erecteón) y Tucídides, II, 15, 2 (la fiesta de las *Synoíkia* dedicada a la diosa).

<sup>16</sup> En Heródoto, VIII, 44, el nombre de las Cecrópidas no es más que una epiclesis («ἐπεκλήθησαν Κεκροπιδαι»), el de los atenienses un *ónoma* («Ἀθηναῖοι μετωνομάσθησαν»).

<sup>17</sup> Cabe señalar que en los propios atidógrafos Cécrope es el rey de la totalidad del Ática y no de la sola Acrópolis (cf. F. Jacoby, *Atthis*, pp. 125-126).



mediaciones cada vez más numerosas, el mito de autoctonía afirma que Atenas es originariamente Atenas.<sup>18</sup>

De este modo se condensa en el instante inmovilizado de un nacimiento milagroso el tiempo de Cécrope y el de Erictonio, la época de transición en que, sobre la tierra apenas civilizada, el único rey es un ser doble y el tiempo humano de la criatura autóctona fundará las Panateneas: lo atestiguan numerosas representaciones figuradas del nacimiento de Erictonio, en las que Cécrope desempeña el papel capital como testigo; también da prueba de ello, en los textos, la frecuente asociación de estas dos narraciones en un complejo mítico en que el nacimiento del primer ateniense se articula con toda naturalidad con el tiempo primordial de la repartición de las *timái* entre los dioses, que otorgó Atenas a Atenea.<sup>19</sup>

Así la autoctonía ofrece su *archê* mítico a una historia muy poco «histórica» de la ciudad y, cuando concentra en un presente intemporal cuatro generaciones de reyes atenienses, como en esa copa de Berlín que, enlazando el antes y el después, reúne a Cécrope, Erecteo y Egeo en torno al niño Erictonio,<sup>20</sup> el pintor de Codros no difiere mu-

<sup>18</sup> Sólo un extranjero como Helánico podía acometer la empresa de insertar la «arqueología» ateniense en el marco general de una cronología panhelénica (F. Jacoby, *Atthis*, pp. 215-225).

<sup>19</sup> Véase J. Rudhardt, «Pensée mythique». Evidentemente no se trata de reducir la dualidad de los autóctonos mediante una serie de equivalencias donde Cécrope, Erictonio, Erecteo y Poseidón son uno y el mismo, vencido por Atenea y transformado en autóctono a modo de consolución (como, siguiendo a J. E. Harrison, lo hace B. Powell, *Erichthonius*, pp. 11-17).

<sup>20</sup> *Attic Red-figure Vase-painters* 1268, 2 (véase fig. 5a-b). Véase F. Brommer, «Attische Könige»; no hay motivo para asombrarse, con Brommer (p. 152), de que Erecteo, que en el *Ion* de Eurípides es el hijo de Erictonio, aquí esté presentado como un adulto junto al niño Eric-

cho del orador oficial cuando, en la oración fúnebre, arraiga la democracia en el origen autóctono, haciendo así de Atenas una ciudad progresista desde su nacimiento. Más valdría otorgar, de una vez por todas, a esta historia mítica de la ciudad su verdadero nombre: el de *aiôn*, el principio vital siempre regenerado en el perpetuo recomenzar del origen.<sup>21</sup>

Mito cívico, pues, el de la autoctonía. Inscribámoslo en su momento: mito de la «ciudad clásica» o, mejor, de la ciudad del siglo v. En efecto, en la cerámica ateniense, las representaciones figuradas del nacimiento de Erictonio datan del siglo v, y también todas aquellas que ponen en escena a todos los demás héroes nacionales de la *pólis*.<sup>22</sup> Es cierto que en esta época la esfera de lo político se apropia del espacio de toda representación, del lenguaje de toda figuración, en el escenario trágico donde el *lógos* se convierte en espectáculo, en los cementerios atenienses donde los monolitos de los difuntos desaparecen frente a los monumentos públicos, los únicos.<sup>23</sup> No debemos sorprendernos

---

tonio: la escena no se inscribe en la temporalidad genealógica, siempre más o menos «realista», ya que, tal como lo vio J. E. Harrison, *Mythology*, p. xxxi, la copa del pintor de Codros, añadiendo al mito de Erictonio el de Aurora y Céfalo, constituye un «pequeño manual» de mitología ateniense.

<sup>21</sup> Sobre *aiôn*, véase É. Benveniste, «Eternité».

<sup>22</sup> Nacimiento de Erictonio: entre el primero y el último cuarto del siglo v, en especial entre el 475 y 450 (H. Metzger, «Du geste au mythe», p. 298). Representación de los héroes nacionales atenienses: desde las guerras médicas hasta el final del siglo v (cf. F. Brommer, «Attische Kö-nige», p. 155, y U. Kron, *Phylenheroen*, pp. 246-247).

<sup>23</sup> Aludimos aquí a la famosa desaparición de las estelas figurativas privadas en los cementerios atenienses, durante un período que va

de que, en este gran movimiento de apropiación política de la visión por parte de la palabra, el mito cívico de la autoctonía ocupe un lugar eminente. Ciertamente, en el siglo IV, la autoctonía, tema obligado de los *epitáphioi*, todavía desempeña un papel central, en el discurso—y sólo en el discurso, esta vez—. Pero no es tan seguro que la oración fúnebre, palabra tradicional, palabra conservadora, no repita aquí un *tópos* forjado durante el siglo anterior y que los oradores se habrían contentado, uno tras otro, con adaptar a los valores del momento. De hecho, con los atidógrafos, la nueva historia ateniense de Atenas ya habla la lengua racional del historicismo: por todas partes el discurso mediatizado por la cronología se cierne sobre la autoctonía.<sup>24</sup> Tienen la palabra los compiladores de genealogías.

Aquí no podremos desarrollar esta historia del mito que acabamos de esbozar a grandes rasgos: para ello sería necesario emprender una historia general del imaginario político ateniense, del que la autoctonía es una parte integrante—esencial, pero no autónoma—. Vamos a operar deliberadamente en otro marco, el del espacio y el tiempo cívicos. Pues, aunque tenga su lugar en la historia de la ciudad democrática, el mito de autoctonía no deja de inscribirse antes que nada en el tiempo reducido, repetitivo, que, año tras año, trae las mismas fiestas, las mismas celebraciones, jalonando así el espacio de la ciudad: en la Acrópolis, las Panateneas, en el *dēmóston sêma* (cementerio oficial) del Cerámico, los funerales públicos.

En la Acrópolis nace un *hijo de la Tierra*, el rey que «Ate-

---

aproximadamente desde la reforma de Clístenes al comienzo de la guerra del Peloponeso.

<sup>24</sup> Sobre la actitud de los atidógrafos frente a la autoctonía, que sin embargo no es siempre reticente, véase F. Jacoby, *Atthis*, pp. 83 y 325.

nea, hija de Zeus, antaño crió y luego instauró en su rico santuario»: ese Erecteo, «hijo de la gleba fecunda» cuyo culto se evoca en la *Iliada*,<sup>25</sup> ese Erictonio que, en los vasos atenienses, Gea saca a la luz, no muy lejos del olivo simbólico;<sup>26</sup> en cada celebración de las Panateneas comienza, o recomienza, la historia de Atenas. En el Cerámico están enterrados en el suelo cívico (*chôra*) del que salieron los *hijos de la patria*,<sup>27</sup> para quienes el tiempo se anula en el irrevocable retorno desde el final al principio. Así, desde la colina sagrada hasta el cementerio oficial, la distancia crece entre dos «discursos» sobre la autoctonía (uno, el del ritual y de las representaciones figuradas,<sup>28</sup> y el otro, laico, el de la prosa política). Como si cada lugar produjera su propio lenguaje. Como si según el punto del espacio cívico en el que se enuncia la autoctonía cambiase de carácter.

Asombrarse de ello sería olvidar que el espacio cívico no está «políticamente indiferenciado»:<sup>29</sup> tiene un arriba (la Acrópolis) y un abajo (el Ágora, el Cerámico...), tiene un afuera y un adentro; y, sobre todo—puesto que su afuera, el mundo exterior, queda fuera de juego a fuerza de representar lo extraño—, tiene márgenes y un adentro o, mejor,

<sup>25</sup> Homero, *Iliada*, II, 546-551.

<sup>26</sup> En dos vasos la Acrópolis, simbolizada por el olivo, es designada explícitamente como el lugar de nacimiento de Erictonio (crátera de Palermo, *Attic Red-figure Vase-painters* 1339, 3; crátera Adolphseck, *Attic Red-figure Vase-painters* 1346, 1).

<sup>27</sup> Platón, *Menéxeno*, 237 b-c; cf. N. Loraux, «Mourir», p. 810.

<sup>28</sup> Vamos a considerar aquí que las representaciones figuradas remiten al contexto de la Acrópolis: véase la n. 64 y la alusión del *Ion* de Eurípides (271) a la representación del mito de Erictonio; *Ion* y la Acrópolis: véase *infra* «Creúsa autóctona», pp. 309 y ss.

<sup>29</sup> P. Lévêque y P. Vidal-Naquet, *Clisthène*, p. 77, n. 3.